



La oración de una madre (1 Samuel 1:1-28)

El instinto materno es inherente a la mayoría de las mujeres. A las niñas, desde su infancia, les gusta jugar con muñecas y asumir el rol de madre. Este anhelo maternal estuvo presente en Ana; sin embargo, al sufrir la esterilidad llevaba la vida con mucha frustración, de tal manera, que su corazón se llenó de amargura e incluso perdió el deseo de vivir.

En medio de su desesperación, Ana tomó la sabia decisión de desahogar su frustración interna en la presencia de Dios. Así lo narra el texto sagrado: “con gran angustia comenzó a orar al Señor y a llorar desconsoladamente.” (v. 10). Esta actitud de Ana le ayudó a lograr su sanidad espiritual y emocional, ya que **“desde ese momento, su semblante cambió.”** (v. 18). Además, Dios le respondió la oración sanando su limitación física y **“dio a luz un hijo.”** (v. 20).

Al igual que Ana, la mayoría de los seres humanos sufrimos de diferentes maneras. Unos, con limitaciones físicas; otros, con relaciones asfixiantes y destructivas; otros, con temores mal infundados; otros, con problemas espirituales y sentimientos de fracaso e impotencia. Sin embargo, podemos hacer lo mismo que hizo esta valiente mujer: venir a **“deshogarse delante del Señor”** (v. 15) y descargar todas nuestras ansiedades. Así podremos decir: **“cuando en mi angustia iba en aumento, tu consuelo llenaba mi alma de alegría”** (Salmo 94:19).